

# HACIA EL BICENTENARIO DE LA UBA

**Ruben E. Hallú**  
**Rector de la Universidad de Buenos Aires**

Cuando la Universidad de Buenos Aires cumplió su primer siglo, en 1921, Albert Einstein fue galardonado con el Premio Nobel de Física. Si bien existe la creencia popular de que el premio le fue otorgado por su Teoría de la Relatividad, publicada entre 1905 –relatividad especial- y 1916 -relatividad general-, la Academia prefirió honrar al genial científico por su descripción del efecto fotoeléctrico; a los físicos suecos les resultaba, al parecer, una novedad más inteligible y menos controversial.

Pero más allá de los reconocimientos formales, los postulados de Einstein ya habían introducido la mayor revolución en la concepción del espacio y del tiempo en la historia de la ciencia, un nuevo paradigma que lideró y aceleró los cambios en el conocimiento a lo largo del siglo XX y lo que va del presente.

Sin embargo, esos primeros 100 años de la UBA eran testigos de un mundo fragmentado, tanto en los hechos como en sus representaciones y utopías. La objetividad de la ciencia natural y la subjetividad de la ciencia humana parecían condenadas a un desencuentro infinito, las enormes desigualdades sociales y las gigantescas asimetrías entre estados y regiones oscilaban entre el fatalismo y la invisibilidad, mientras la narrativa de anticipación antagonizaba entre lo sombrío y desesperado -como en *La invasión del mar*, de Julio Verne- y las utopías lineales y paradisíacas de Bellamy y William Morris.

Noventa años después, en el vértigo de la nanotecnología, los asombrosos avances en la medicina, las comunicaciones múltiples e instantáneas a lo ancho del globo y la transdisciplina de la complejidad, una rara pero también fascinante mezcla de sueños incumplidos y de descubrimientos científicos no imaginados confronta al ámbito académico con un nuevo protagonismo y responsabilidades ampliadas.

Del lado de los sueños incumplidos es claro que las grandes desigualdades, al cabo de un siglo, no han desaparecido e incluso se han agravado, y que la democratización de la información -como dijimos antes en estas páginas- no ha alcanzado para distribuir el conocimiento y desconcentrar los poderes fácticos que controlan buena parte de las decisiones.

Pero, del lado de lo no imaginado, han confluído dos fuerzas incoercibles. Una es la ruptura de la barrera entre las ciencias, gracias a la caducidad de la racionalidad mecanicista y la aceptación de sistemas abiertos de inteligibilidad. La otra es la expansión de una red heterárquica de comunicaciones que le confiere al drama humano una inédita visibilidad, que traspasa las barreras geográficas, idiomáticas y culturales.

En un mundo que sigue fragmentado por intereses, mezquindades y exclusiones, pero en el que el conocimiento, las ciencias y las utopías sociales ya superaron la fragmentación y se integran en un haz complejo y dinámico de ideas y propuestas, la educación superior

puede y debe ponerse a la vanguardia de los cambios y de las anticipaciones. La universidad y, en particular, la universidad pública está en condiciones de superar la ficticia opción de preparar profesionales para el mercado o formar líderes para el cambio.

La universidad forma hoy líderes con alta capacitación profesional y, simultáneamente, nutre de conocimiento a las grandes decisiones estratégicas.

La UBA, al cumplir sus primeros 190 años, se enorgullece de integrar esa vanguardia mundial de la educación superior que, mediante intercambios generosos y libres de prejuicio y de soberbia, se involucra en la inclusión, la justicia, la resolución pacífica de los conflictos, la protección del ambiente, el desarrollo económico y social, el respeto por la diversidad y la promoción de los derechos humanos.

Este número especial de Encrucijadas sobre el 190 aniversario expone qué hace hoy la UBA en cumplimiento de su rol.